

LIBERTAD, LIBERALISMO Y TOLERANCIA

POR

MICHEL CREUZET

IV

¿ES POSIBLE EL LIBERALISMO?

Con frecuencia, los «liberales» sinceros traducen sus motivaciones en términos simples y generosos; he aquí algunos ejemplos:

«— *Deseamos vivir en buenas relaciones con aquellos que no piensan como nosotros.*»

«— *Debemos respeto a todos.*»

«— *Queremos defender al hombre contra las presiones totalitarias, las propagandas, los lavados de cerebro, etc., que hacen de él un robot.*»

«— *Debe ser posible dar su opinión sin temor a la prisión, al campo de concentración o a la muerte.*»

«— *Queremos educar a nuestros hijos según nuestro parecer.*»

«— *Exigimos un sistema de libertades profesionales contra las injerencias del Estado.*»

Etcétera.

Suscribimos todo esto porque la libertad es la característica del hombre inteligente y libre; sus actos no le son impuestos por un instinto ciego. No se le puede considerar como a un animal del que se pueda disponer.

Cuando la sociedad desprecia esas libertades tenemos la esclavitud. Este es el caso de demasiados sistemas políticos, económicos, educa-

tivos..., de nuestros días, incluso con estructuras sociales que pretenden ser «libres».

Hace falta ahora examinar si el liberalismo filosófico, en la práctica y en la historia, ha realizado los ideales de libertad y de respeto del hombre que acabamos de evocar.

Testimonios de la historia

a) Las ideas

Nos limitaremos a algunos ejemplos, a los más conocidos y más fácilmente verificables.

Uno de los padres del liberalismo, Lutero, en nombre del *libre examen* de cada uno en la interpretación de las Sagradas Escrituras, rompe con los dogmas y con la disciplina de la Iglesia católica.

Frecuentemente se le presenta como si fuese el iniciador del tolerantismo moderno. Pues bien, he aquí lo que escribió (41):

«Habéis quedado muy asombrados porque digo que el hombre está justificado solamente por la fe. La única razón que he de dar es que yo así lo quiero y yo así lo ordeno, que mi voluntad sirva de razón.

»Aquél que enseñe otra cosa distinta de lo que yo enseñe, o el que me condene en esta materia, condena al mismo Dios y permanecerá para siempre como hijo del infierno. Mi doctrina no puede ser juzgada por nadie, ni incluso por los ángeles, pues estoy seguro de su verdad: por ella pretendo ser juez vuestro y hasta de los mismos ángeles, como dice San Pablo...»

Lutero no se limita a imponer moralmente su voluntad como sola regla de fe. Tiene la intención de que sea la única y de que el brazo secular la imponga al pueblo.

«Lutero quiere la destrucción de todo lo que no es su propia iglesia, su propia doctrina. En primer lugar, el catolicismo... Después, el exterminio de aquellos de sus discípulos que van

(41) Citado por Marie Carré: *J'ai choisi l'unité*, Apostolat des Editions, 1962, pág. 260 (reedición, Diffusion de la Pensée Française, 1973).

demasiado lejos en el libre examen», escribe María Carré, que, como saben, se ha convertido del protestantismo al catolicismo (42).

El 9 de febrero de 1526, en una carta al nuevo elector, Juan de Sajonia, afirma que un príncipe secular no debe tolerar divisiones religiosas entre sus súbditos, y que, por el contrario, *«en un mismo lugar no se debe sufrir más de una predicación».*

Melachton, el más dulce de todos los reformadores, aquel a quien las violencias de Lutero entristecían tan a menudo, prosigue María Carré (43), predicaba, sin embargo, la misma intolerancia. En 1537, ante los Estados de la Liga protestante de Smalkalda, reclamaba de todos los príncipes alemanes la supresión *por la fuerza del culto católico y el establecimiento obligatorio del protestantismo.* Zwinglio, el reformador suizo, contemplaba la matanza de obispos y sacerdotes como querida por Dios (44).

«El cisma con Roma fue lo que hizo nacer inmensas esperanzas de libertad», escribe también María Carré (45).

Ahora bien, *«en el reinado de Enrique VIII se cuentan algo más de 70.000 mártires, por crimen de religión. Este rey inmoló, además de a dos reinas, a 12 duques y condes, 164 abades, 500 priores y monjes, y 38 doctores en Teología o en Derecho canónico. Todos estos católicos murieron sin juicio, tal como había preconizado Cromwell».*

En el siglo XIX y al comienzo del XX encontraremos de nuevo esa paradójica intransigencia, y hasta ese exclusivismo, entre los partidarios del «librepensamiento».

En nombre de su liberalismo, estiman que los votos de los religiosos alienan su libertad y, por esa razón, el poder, al cual inspiran, prohíbe las congregaciones y las obliga a exiliarse.

(42) *Op. cit.*, págs. 262-263.

(43) *Op. cit.*, pág. 270.

(44) Carta de 16 de mayo de 1529. En ella habla de la caridad que exigirá su exterminio para la salvación general.

(45) *J'ai croisi l'unité*, pág. 270.

En nombre de la «libertad de conciencia» liberal, suprimen la enseñanza de la religión en las escuelas públicas y luego promulgan leyes que desembocan en la «separación de las Iglesias y del Estado», en los inventarios de iglesias y en verdaderas persecuciones.

Una guerra civil larvada tiene lugar en esta época. Hasta el ejército queda desmantelado por una vigilancia de los oficiales católicos, etc.

En resumen, en nombre de una ideología liberal, se ejercen presiones totalitarias.

El liberalismo de Jules Ferry es el que, en 1878, otorga su espíritu a la Universidad francesa, fundada por Napoleón: tolerancia, neutralidad y eclecticismo en la enseñanza. Se mantendrá hasta mayo de 1968, en que desemboca en los violentos acontecimientos que todos conocemos. En efecto, el incremento de la subversión se produce interiormente y mediante la ayuda de estructuras liberales.

De muy buena gana se denuncia el aspecto dictatorial y las violencias de los sistemas comunistas, pero se olvidan que Marx ha fundado su teoría económica apoyándola en las mismas bases que el liberal Ricardo. Tanto para uno como para otro, el salario no es más que el precio de la fuerza del trabajo.

b) Los hechos

La primera República instauró el sufragio universal, fundado en la opinión. En 1789, la Declaración de los Derechos del Hombre asienta el principio de la libertad liberal en política, de que ya hemos hablado.

La propia República acaba bajo la bota del primer cónsul que no rechaza los principios de aquélla, ya que, tras el asesinato del duque de Enghien, declaró: «*Yo soy la revolución.*»

Robespierre, que fue implacable en su poder dictatorial y sanginario, era, en 1793, el discípulo del tierno Rousseau, el cual deseaba que el hombre, aunque se asocie con otros, *no obedezca, sin embargo, más que a sí mismo.* Hasta en sus discursos más violentos cita Robespierre a Rousseau elogiosamente.

La revolución que en 1830 derribó a Carlos X es abiertamente liberal. En nombre de su liberalismo, persigue al clero parisiense, hasta tal punto que, durante meses, los sacerdotes no pueden circular con ropa eclesiástica sin correr graves peligros.

La divisa de los anarquistas es «ni Dios, ni amo». Ahora bien, esos anarquistas constituyen, en 1871, el Gobierno de la Comuna de París, que aterroriza y fusila durante varios meses.

Cuando el Gobierno legal, presidido por Adolfo Thiers, conocido por su carrera de ministro *liberal*, reconquista París, hace matar a los *communards* con dureza, y, a menudo, con injusticia y sin clemencia.

La revolución Rusa, comenzada por el socialista Kerensky, instituye, en 1917, un poder liberal. Continúa la evolución del sistema con Lenin y luego con Stalin, con el sangriento tribunal de la Cheka y con el terror de las policías (GPU, NKVD, MVD), de las mazmorras y de las torturas en el *Archipiélago Gulag* de que nos habla Solschenitzin (46).

En el ejército, la libertad liberal se realiza mediante «comités de soldados» y por la intrusión del sindicalismo en la tropa.

Algunos meses más tarde, ese liberalismo desemboca en la constitución del ejército rojo por Trotsky. Y sabemos qué disciplina tan poco liberal reina en él desde sus orígenes.

Veamos otras ilustraciones limitadas a un objeto más preciso.

Testimonios de actualidad

Estas comprobaciones asombran. Uno se pregunta cómo los liberales pueden llegar a ser totalitarios..., y los tolerantistas, perseguidores.

Ahora bien, el siguiente razonamiento permite explicar esa curiosa evolución:

1. El pensamiento de cada uno debe ser libre.

(46) *Archipiélago Gulag*, Plaza & Janés, dos volúmenes, 1974, 1977.

2. Es así que la Iglesia somete dicho pensamiento a los dogmas y a una palabra recibida.
3. Luego, por consiguiente, los partidarios de la Iglesia deberán ser combatidos.

Jacques Miterrand, antiguo gran maestro del Gran Oriente de Francia, escribe en ese mismo sentido:

«En cuanto a los francmasones, hace falta —textos en mano— intentar ver claro. Un humanista no acepta ninguna dictadura, cualquiera que sea su fuente; a este respecto, el humanista recusa al papado, tanto en razón de sus poderes exorbitantes como en razón de su proclamada infalibilidad» (47).

He ahí una repulsa que los francmasones no vacilan en imponer, cuando inspiran a los gobiernos.

Así, por lo que se refiere a la escuela:

«Cuando una nación acepta, en nombre siempre de la libertad, que sean abiertas en su suelo escuelas confesionales, entrega sus hijos a la enseñanza dogmática... Existe todo un mundo para proclamar los derechos de los padres... Para los francmasones, por encima de los derechos de los padres, están los derechos del niño» (48).

De ese modo, para proteger los derechos del niño contra las presiones de los padres y del Estado..., se le confía en depósito a la voluntad general..., o sea, a fin de cuentas, ¡al Estado! Es el paso del liberalismo al estatismo autoritario y monopolizador.

La «liberación», en materia religiosa, desemboca en una inquisición por parte del clero (liberal en doctrina), peor que la de antaño, puesto que ignora el derecho canónico y ya no juzga ante tribunales en donde el acusado pueda defenderse. Es el dominio de las «corrientes de pensamiento», de las «jerarquías paralelas» y de las «comisiones».

(47) *La politique des francs-maçons*, Ed. Roblot, 1973.

(48) *Op. cit.*, págs. 100-101.

Uno de nuestros amigos emplea la siguiente imagen: «desaparición por el agujero del lavabo». Se quita el tapón y desaparece el indeseable por el agujero, sociológicamente separado de su comunidad parroquial o diocesana, aislado, arrojado al campo de los intocables. Ni proceso, ni juicio, ni sanción pública. Aquel que no admita la opinión liberal del momento es objeto de presiones, a fin de que se desautorice a sí mismo y ceda a las corrientes de moda.

La autoridad suprema está disuelta en las interpretaciones y comentarios tendenciosos. El fiel ya no sabe exactamente lo que ha dicho el Papa, pero sí sabe lo que se le hace decir. Es necesario desconfiar de las traducciones. La autenticidad de los textos es dudosa. A veces, la aplicación que hace la «mafia» es opuesta a las decisiones oficiales del Magisterio Romano.

Los dos últimos ejemplos nos muestran cómo sinceros liberales llegan hasta a la agresividad y la imposición autoritaria de sus miras, sin apelación alguna.

Las leyes son el medio privilegiado que los liberales utilizan para hacer de sus opiniones una regla general y oficial.

El Parlamento francés, partiendo del *slogan* liberal *mi vientre es mío*, deja a las mujeres la capacidad de elegir entre la vida y la muerte de su hijo. Ha votado una *ley*, y por ese hecho, en adelante, el Estado ha tomado partido *en favor* del aborto.

En un régimen de «tolerancia», la ley llega a ser la medida de todo, ya que el Estado rechaza las normas de juicio superiores a las opiniones y corrientes de pensamiento. Se llega así a esta paradoja: incluso cuando la ley prohíbe prohibir (caso del aborto), su prohibición es autoritaria y constituye una toma de posición imperativa que viola la libertad de las conciencias fieles al orden natural de las cosas.

Ya no se puede hablar de liberalismo.

Una segunda consecuencia es el progresivo *constreñimiento* del Estado para con aquellos que no quieren aplicar la ley llamada de «liberación». En Suecia acaban de tomar medidas contra los médicos refractarios a la ejecución de los abortos. Y ya en Polonia habían obligado a los médicos a llevar a efecto los abortos solicitados por madres con más de tres niños.

De la presión indirecta, como es el ejemplo dado por la ley —en bien o en mal—, se pasa a la presión directa que constituye la exigencia legal, y luego a los estreñimientos inherentes a la aplicación de la ley a los recalcitrantes.

Recordemos a esa joven que, en nombre de sus principios, rechazaba el aborto, pero que deseaba el voto de una ley de «liberalización», ya que ella no quería imponer su moral a los otros (49).

La ley ha sido votada... e impone la «moral» del Estado.

La ley, norma oficial, se aplica a *todos* los ciudadanos; los adversarios del aborto se ven obligados a desobedecer a la ley, si quieren quedar *libres* para reprobado lo que juzgan un crimen. La joven no quería imponer su moral a los otros, y hoy la ley, que ella deseaba, impone la suya, tanto a los partidarios como a los adversarios del aborto.

¿Dónde está el liberalismo en que pretendía inspirarse el Estado?

En los Estados Unidos, el famoso asunto Grassey ha mostrado cómo un Estado, para hacer aplicar su ley sobre la educación sexual convertida en obligatoria, ha llegado a arrancar a los niños de una familia para colocarlos en un establecimiento público. Estreñimiento debido a una supuesta «liberación» de los tabúes morales.

A partir de nuestra descripción de la mentalidad liberal, en sus diversas aplicaciones, hemos puesto de relieve resultados totalitarios sorprendentes.

¿Cómo explicarlos?

Mediante dos hipótesis:

- o el liberalismo suscita reacciones que provocan presiones de los poderes establecidos sobre los individuos hostiles,
- o el resultado totalitario proviene del mismo liberalismo.

(49) *Le Figaro*, 9 de febrero de 1973.

V

EL LIBERALISMO TOTALITARIO

Anarquía y reacciones tiránicas

¿Cuál es la primera explicación que viene al espíritu?

Si todo el mundo fuese libre de pensar y de hacer lo que quisiera, sería la *anarquía*. Ahora bien, la experiencia muestra que ninguna sociedad puede vivir en la anarquía. Siempre es necesario, al menos, un cierto *orden* externo y temporal. De ahí viene la reacción de una autoridad, cualquiera que sea, «restableciendo el orden», aunque sólo sea el orden en la calle y en las costumbres públicas. Tras la «jarana», el «palo».

Enrique IV restableció la autoridad real en una Francia que llevaba mucho tiempo dividida por la guerra entre católicos y protestantes. El liberalismo de Michel de l'Hôpital expiraba a los pies del federador supremo: el rey. Bonaparte puso fin a la anarquía del Directorio. Napoleón III se aprovechó de la división de opiniones republicanas para tomar el poder.

La República de Weimar había llevado a la vencida Alemania a una pulverización tal, que Adolfo Hitler pudo reagrupar rápidamente a los partidarios del orden. Aquellos que no participaban de su ideología socialista y racista confiaron durante mucho tiempo en él, a causa del restablecimiento de la autoridad. Algunos años antes, Benito Mussolini había reunido a su alrededor a la gran mayoría de los italianos, cansados de una anarquía endémica.

Este argumento solamente tiene un valor *externo* (o extrínseco). No afecta a la naturaleza del liberalismo, ya que se trata de simples reacciones del orden ante una situación anárquica. De ahí su insuficiencia, tanto más irritante cuanto que, frecuentemente, los nuevos «jefes» estaban imbuidos de la misma ideología que los protagonistas de la anarquía.

La ideología liberal del siglo XVIII y de la Declaración de los Derechos del Hombre la volvemos a encontrar en los principios del Gobierno napoleónico, en particular en el Código civil. Por consi-

guiente, Bonaparte no tomó el poder bajo el impulso de una fundada oposición al liberalismo filosófico.

Asimismo, en las SS y en las SA, tropas de choque de Hitler, encontramos de nuevo a jóvenes que, algunos años antes, militaban en lo más anárquico del liberalismo, especialmente en la Universidad.

¿Conversión? ¿Arribismo? No estamos muy seguros de ello, sino que más bien pensamos en esa incoercible necesidad que siente el joven sin principios de hacerse dar patadas en el trasero! Al no poner orden en sus pensamientos y en sus actos, corre tras la obligación que le impone un «orden» exterior (incluso un pseudoorden puramente formal, sin fundamento en la naturaleza de las cosas).

La anarquía reclama la tiranía, igual que un hoyo en la playa atrae a la ola que lo llenará.

Nos queda la lección que esta reacción *externa* lleva consigo. Ella hace que palpemos la *insuficiencia* del pensamiento liberal para ofrecer posibilidades de vida en sociedad. Si todo el mundo quiere mandar, nadie manda..., y el más audaz se impone, nada más que por la carencia que intenta colmar: por ambición, honestidad o amor a su país, y, algunas veces, por todos estos motivos reunidos.

Segunda lección: se quiera o no, es necesario consignar *que existe un orden de las cosas*. La vida social no puede descansar, de manera duradera, en la multitud de juicios personales, ni incluso de opiniones colectivas. La naturaleza se venga «mediante la anarquía». De donde un «retorno al orden», aunque éste de orden sólo tenga la apariencia, o aunque sirva a otras ideologías que también aplastan al hombre.

Estas razones, insuficientes, explican que jamás se haya visto al tolerantismo *realmente* aplicado en la ciudad, bien porque los gobiernos se vean obligados a reprimir iniciativas anarquistas que se hayan hecho intolerables y paralizantes de su autoridad, bien porque los mismos tolerantistas, víctimas de su teoría, se conviertan en perseguidores de los no liberales, o bien porque sus tropas les rebasen y les obliguen a renunciar al carácter absoluto y universal de la libertad de opinión.

No se puede hacer de la tolerancia y de la libertad absolutas la regla de gobierno de los hombres. *Imposible liberalismo*.

*El liberalismo es totalitario***a) Tiranía de la opinión colectiva**

La simple descripción del liberalismo nos ha conducido a mostrar su evolución lógica: la opinión personal cada vez está más dominada y condicionada por la opinión colectiva, reflejo, a su vez, de una evolución irresistible. La libertad del individuo no tiene sentido más que por su inserción voluntaria y activa en un *proceso fatal*.

No queda ya nada del liberalismo filosófico de donde habíamos partido. El hombre, de rey, se vuelve esclavo voluntario y sumiso de una «revolución permanente», de un puro cambio de todas las cosas con respecto al cual *él no puede nada*.

El «yo» no es ya más que el reflejo pasivo del cambio que se produce fuera de él. No se mantiene la promesa de «liberalización» del «yo», puesto que el hombre libre ya no tiene valor en sí, sino solamente por su inserción en las estructuras sociales en evolución. La libertad total de opinión nos lleva a la impotencia ante la evolución. *Imposible liberalismo*.

b) Alteración de la naturaleza del hombre

Lo que los hechos nos revelan hoy lo había previsto Juan Jacobo Rousseau, mas no como una alteración de los principios sentados por el *Contrato social*, sino como su *realización* lógica.

Que «cada uno, uniéndose a todos, no obedezca, sin embargo, más que a sí mismo y quede tan libre como antes» (50), tal era la exigencia fundamental.

¿Pero cómo garantizar esta libertad absoluta contra las voluntades particulares de los otros ciudadanos y contra sí mismo?

Las cláusulas del pacto social, dice Rousseau,

(50) *El contrato social*, libro 1, cap. 6.

«se reducen todas a una sola: a saber, la alienación a toda la comunidad. Cada uno de nosotros pone en común su persona y todo su poder bajo la suprema dirección de la voluntad general, y, además, recibimos a cada miembro como parte indivisible del todo» (51).

Y he aquí la consecuencia:

«Quienquiera que se niegue a obedecer la voluntad general será obligado a ello por todo el cuerpo: esto no significa otra cosa sino que se le obligará a ser libre; pues, tal es la condición que, entregando cada ciudadano a la patria, le garantiza contra toda dependencia personal» (52).

He ahí al ciudadano liberado de las obligaciones de la familia, la empresa, los cuerpos intermedios y las mil autoridades de la jerarquía social, pero *totalmente* dominado por la «voluntad general», de la que se hace esclavo voluntario.

La argumentación de Rousseau es más externa. Ve el riesgo de la anarquía; pero no sólo en el peor de los casos coloca al individuo, «con todas sus libertades», en manos de la voluntad general.

Su razonamiento refleja una cohesión *interna* del liberalismo. El tránsito a la dictadura aparece más bien como la conclusión lógica de la libertad absoluta de los ciudadanos que como un medio «de volver a poner orden allá dentro».

Escuchemos a Rousseau:

«Aquel que se atreva a comprometerse a instituir un pueblo debe sentirse en condiciones de cambiar, por así decir, la naturaleza humana; de transformar a cada individuo que, por sí mismo, es un todo perfecto y solitario, en parte de un todo mayor del que este individuo recibe, en cierto modo, su vida y su ser; de alterar la constitución del hombre para reforzarle; de sustituir la existencia física e independiente que hemos recibido de la naturaleza, por una existencia parcial y moral (?). En una palabra, es necesario que quite al hombre sus fuerzas propias, para darle otras que le sean extrañas y de las cuales

(51) *Op. cit.*, libro 1, cap. 6.

(52) *Op. cit.*, libro 1, cap. 7.

no pueda hacer uso sin el socorro de otro. Cuanto más muertas y aniquiladas estén sus fuerzas naturales, tanto más grandes y duraderas serán las adquiridas y, también, tanto más sólida y perfecta será la institución, de suerte que si cada ciudadano no es nada, no puede nada sin todos los otros, y si la fuerza adquirida por el todo es igual o superior a la suma de las fuerzas naturales de todos los individuos, se puede decir que la legislación está en el más alto grado de perfección que pueda alcanzarse» (53).

Ahí tenemos, pues, el término final de la libertad liberal: el hombre se hace extraño a sí mismo. «No es nada», «no puede nada sin todos los otros».

Las sociedades comunistas, el «universo concentracionario», nos dan una idea bastante próxima de la concepción rousseauniana.

Pocos maestros han visto aplicado su pensamiento, con tanta precisión, desde 1793 hasta nuestros días.

Pocos textos recogen en algunas páginas el sistema completo de un autor, llevado hasta sus últimas consecuencias.

c) La opinión liberal no se impone: es impuesta

«El liberalismo —ha dicho René Groos— tiene por principio un respeto igual a todas las opiniones; esto equivale a condenar la idea de elección, y, a la vez, a condenar toda opinión, excepto la liberal.»

¿Cómo mi opinión, mi parecer personal, se va a imponer a los otros? ¿En nombre de qué preeminencia? ¿Con qué derecho? ¿Quién osará pretender que su opinión es más válida que la del vecino? ¿Qué grupo va a pretender imponer una opinión colectiva? ¿En virtud de qué superioridad? ¿Cómo una opinión va a ser admitida con preferencia a otra cualquiera?

La opinión no tiene en sí misma ninguna «autoridad» para imponerse. El liberalismo no decide entre las opiniones, no establece ninguna jerarquía, ni ninguna dependencia de una con respecto a la otra.

(53) *Op. cit.*, parte II, capítulo 7.

Su peso numérico, su fuerza *material* o su presión *psicológica* permiten que únicamente las opiniones más poderosas dominen a las otras (54).

* * *

Un liberalismo radical, plenamente coherente, tiene dos salidas:

1. *La de no ser aplicado*: razón en virtud de la cual decimos que *no hay instituciones totalmente liberales* (o *tolerantistas*), en ningún país, en ninguna civilización.

Y, en la práctica, ninguna ética es liberal.

2. *La de desembocar en una disciplina totalitaria*, en la conducta privada o pública, y en las leyes. La observación de los hechos nos lo ha demostrado.

Los más débiles, los pobres, aquellos que no tienen los medios materiales o físicos suficientes, son siempre las víctimas, *hasta cuando tienen razón*.

¿Pero qué es tener razón?

Estamos en el centro del debate.

VI

LA VERDAD

¿Se puede decir que se tiene razón, probarlo, y con ello *obligar* en nombre de la verdad reconocida?

Si se responde afirmativamente, tal opinión se impone, puesto que es *verdadera*, y la que la contradiga será declarada *falsa*. Si sabiendo que es falsa, se aplica, no se puede hablar ya de sinceridad, y la sanción llegará *con los hechos*. No es posible que la verdad y el error traigan consigo las mismas ventajas prácticas. Si hay una verdad

(54) Será preciso no olvidar el reinado de verdaderas mafias intelectuales o financieras que controlan periódicos, radio, televisión y hasta gobiernos, que lanzan las «ideas que están en el aire» y que elaboran la opinión del día. Poder a menudo más implacable que el de las armas.

objetiva, es que hay fuera de nosotros un orden de las cosas, cuya observación nos condujo ya a reconocer su existencia por los efectos producidos. Y si hay un orden de las cosas, no se puede violarlo impunemente. «*Los hechos hablarán con su poderosa voz*», escribía Blanc de Saint-Bonnet (55).

Burlada, evitada y negada, la verdad se venga, se puede decir, mediante los males que arrastra con su ausencia.

Reconocida, aceptada, servida y aplicada, la verdad, reflejo del orden de las cosas conocido por la razón, impone a los débiles, al igual que a los poderosos, las normas de la justicia y de la búsqueda del *bien*.

Consecuencias incalculables de una verdad política

Consideremos las dos proposiciones siguientes:

1. *El hombre no tiene más razón de ser que la sociedad* en la cual vive. La sociedad, en consecuencia, tendrá sobre él todo el poder, y el hombre deberá someterse a ella sin condiciones.

2. *La sociedad no tiene más razón de ser que el servicio del hombre*. En consecuencia, las leyes que dicte tendrán por objeto el bien de los hombres, y éstos se someterán con miras a ese bien.

Una de las dos proposiciones es *verdadera*, y la otra, *falsa*.

La *razón* puede encontrar cuál es la verdadera y cuál es la falsa.

La *voluntad* humana y la acción deberán someterse a la que es *verdadera* y combatir a la que es *falsa*.

La solución verdadera traerá consigo *bienes*, y la solución falsa, *males*. La solución verdadera permitirá decir: *es bella*, y la falsa: *es horrorosa* (56). Estos criterios determinan toda la orientación de la vida pública.

Esto adquiere un sentido.

La autoridad que presida su dirección está bien *fundada*. Aquel

(55) Antoine Blanc de Saint-Bonnet fue un filósofo lionés del siglo XIX, autor de *La restauration française, Le capital, La douleur, L'amour et la chuse...*

(56) Lo verdadero, el bien, lo bello, son atributos del *ser*. Se les llama «trascendentales».

que obedezca sabe *por qué* obedece. Aquel que manda sabe por qué manda. Sus motivaciones tienden al mismo *objeto*. Dar una orden no es una cosa arbitraria. Obedecer no es sufrir la sujeción gratuita de los más fuertes. La palabra «orden» puede emplearse entonces en sus dos acepciones: mandato y disposición normal de las cosas.

¿Y si hubiese error? ¿O injusticia? El sentido de la verdad y el gusto por la verdad permitirán corregir el error y reemplazar la medida injusta por otra más conforme con la justicia. Vayamos más lejos. Se *sabr*á que hay error o injusticia en relación con lo que es *objetivamente* justo. Se *sabr*á que hay error por referencia a la *verdad*.

Tenemos un *punto de referencia*, una *regla de pensamiento y de acción*, a los que la *razón* puede referirse y la conducta (privada o pública) ordenarse.

Es tan grande este beneficio que Henri Massis llegó a escribir: «*La verdad es la única fuerza que impone, puesto que es único poder que protege.*» Los pobres, los débiles, son los primeros beneficiarios de un orden *verdadero*. Escapan así a la opinión de los más fuertes —que no siempre son los más inteligentes— y a su tiranía.

Cuando se adhieren a una verdad, la unión se hace por ella.

La verdad se *impone* por sí misma cuando las inteligencias la reconocen.

La *autoridad* de la verdad proviene de la reconocida conformidad de los espíritus con la realidad de las cosas. La razón es la facultad más alta del hombre, el atributo que le distingue del animal. Nuestra razón, cuando conoce la verdad, se encuentra unida a la de los otros hombres. Unión por lo alto, unión en lo indudable, unión que el juego de las opiniones múltiples no puede nuevamente poner en duda sin cesar. Es cierto que las opiniones no dejan de existir por el hecho de que los hombres descubran verdades: la imperfección de nuestras inteligencias no permite saberlo todo, algunos conocimientos son dudosos, algunas verdades sólo son conocidas parcialmente, existe la zona de las opiniones libres.

Pero se está dispuesto a abandonar su opinión cuando se percibe de que es falsa.

Cuando se sabe de lo que se habla, no es posible ya sostener un parecer personal que no se corresponda con lo que *es*, con la verdad.

¿Qué es la verdad?

Por lo demás, ya no tenemos elección. El *imposible liberalismo* no ha mantenido sus promesas de «liberación». Llegamos a la hora del vencimiento de los plazos.

«Se ha ensayado todo; ¿no habrá llegado la hora de ensayar la verdad?», proponía, hace un siglo, el cardenal Pío (57).

Las sociedades han persistido en su escepticismo; y en la orgullosa deificación del «yo» personal y colectivo. Por todas partes cosechamos los frutos de nuestra obstinación... ¡Y siguen presentándonos liberalismos, apresuradamente repintados con «nuevos» colores, como remedios al totalitarismo mundial!

Es cierto que, de entrada, la concepción liberal agrada: ¡no más sujeciones! ¡Sólo mi fantasía y mi capricho van a ser los jueces de todo!

Por el contrario, el sentido de la verdad es exigente. Supone una *disponibilidad* del espíritu, una *acogida* a lo verdadero, una *humildad* ante lo real, una *actitud receptiva* del sujeto ante el *objeto* (58).

Volvamos nuevamente al análisis del conocimiento a la luz de una simple ilustración.

«Me has cogido cinco duros», pregunta la madre enfadada a su hijo. Y precisa: «¿Es verdad o es mentira?» Esto es lo que le interesa: ¿ha cogido el niño los cinco duros o no? Si no los ha cogido, la madre buscará la *realidad* que explica la desaparición de la moneda. Si el niño la hubiere robado, no nos lo imaginamos respondiendo: «Todo depende del punto de vista en que uno se sitúe», o «no puedo decirlo, estoy en búsqueda», o «la idea que me hago de la propiedad difiere de la tuya», o también «todo depende de las circunstancias», etcétera.

«Tú me estás embrollando y no respondes a mi pregunta», gri-

(57) Cfr. E. Catta: *La doctrine politique et sociale du cardinal Pie*, N. E. L., 1959.

(58) Consúltese la primera parte de la obra de J. M. Vaissière: *Fundamentos de la política*, Speiro, 1966.

tará la mamá en el colmo de su enfado. Y la conversación corre el riesgo de adquirir ¡un aspecto desagradable!

Verdadero o falso: tal es la alternativa en que nos encontramos a cada hora del día.

El escolar se la encuentra haciendo problemas; el sabio, en sus investigaciones; el historiador, en la crítica de los documentos que consulta; el policía, en su investigación; el hombre político, en su análisis de la situación; el moralista y el sacerdote, cuando deben pronunciarse sobre el carácter legítimo o ilegítimo de un pensamiento, de una actitud, etc.

Hasta cuando estos hombres se engañan involuntariamente, hasta si no alcanzan toda la verdad, hasta si su juicio no tiene en cuenta el *conjunto de las realidades* sobre las cuales se asoman, quien condiciona, sin embargo, su gestión es lo *real*.

Conocer lo que *es*, tal es la operación propia de la inteligencia humana. Y no solamente conocer mediante nuestros sentidos, sino conocer lo esencial (la esencia) de las cosas por la razón (59).

Con el «Apolo 13» se vio lo que ocurre cuando la técnica no tiene en cuenta las sujeciones impuestas por una ley de la naturaleza. En lugar de llegar a la Luna, fue necesario, catastróficamente, regresar a la Tierra, y, además, contentos, porque se hubiese previsto un dispositivo de socorro..., sometiéndose a lo real con mayor precisión.

«A la naturaleza no se la manda más que obedeciéndola», ha escrito Bacon, y más tarde, Claude Bernard.

Hacerse una cierta idea de la gravedad, tener su opinión sobre la gravedad, no sirve para nada. Si la idea, si la opinión, hacen pasar nuestra concepción personal antes de lo que *es*, las consecuencias se harán sentir en seguida... ¡Intentad tiraros desde el piso 15... para verlo!

Los filósofos cristianos de la Edad Media, a los que llamaban escolásticos (60), definían la verdad como: *adaequatio rei et intellectus*.

(59) Cfr. *Fundamentos de la política*, op. cit.

(60) De *scola*, escuela (los filósofos de la escuela).

Balmes (61) decía que es *la realidad de las cosas*.

Concordancia estrecha entre lo que es y lo que se afirma. El pensamiento de acuerdo con las cosas, tal es la verdad. El pensamiento: es decir, el pensamiento de alguien, de un *sujeto*.

Las cosas, la realidad (62), es decir, el objeto a conocer.

Para que haya verdad es necesario, en el conocimiento, un *objeto* (una realidad) que sea aprehendido, pensado, expresado, por un *sujeto* conocedor.

Una idea es *verdadera* cuando está de acuerdo con las cosas; es *falsa* en el caso contrario.

Aplicaciones de la verdad

La *moral* sólo tiene sentido por la ordenación de nuestros actos, según un orden verdadero, y por la persecución de nuestra *finalidad* natural y sobrenatural. De ahí que sus principios no sean «tabúes» arbitrarios, sino aplicaciones de la verdad.

El *Derecho* no es la simple copia de «lo que se hace» y la legalización de los hechos. Es la ordenación de las realidades sociales (tales como son) en relación con la ley trascendente de un real querido por Dios, dentro de un orden verdadero.

De ahí su doble aspecto *normativo* y conforme con las realidades sociales (sin lo cual resulta puramente teórico, y verdaderamente ya *no ordena*).

El *arte* está guiado por el sentido de *lo bello*, «*esplendor del ser*», según la expresión de Maritain. Supone la representación de un objeto por aquel que le ve y que, con su talento personal, transfigura su imagen (63).

La *fe* es la confianza en la palabra de Dios que nos ha sido revelada, y que se expresa en los dogmas y en la enseñanza constante de la Iglesia romana. La fe es *objetiva*. Es recibida *ex auditu* (por el oído).

(61) Sacerdote y filósofo español contrarrevolucionario del siglo XIX.

(62) En latín: *res*, la cosa.

(63) Cfr. *A la découverte du beau*, J. Ousset, Ed. Montalza, 1971.

Nuestra adhesión personal no depende de los impulsos afectivos de nuestro subconsciente, sino de nuestra conformidad con la *Verdad* revelada. Supone, por tanto, una enseñanza inmutable, datos estables, y, por nuestra parte, una fidelidad sin tacha.

Fidelidad y fe vienen del latín *fides*: un mismo origen y una misma realidad.

La *pedagogía* está ordenada a la búsqueda de la *Verdad* en el conocimiento. El niño deberá aprender la búsqueda apasionada de la verdad, la sumisión a lo real, cueste lo que cueste a su vanidad y a su egocentrismo.

La *educación* se aplica a la sumisión al *Bien* objetivo, verdad en el orden de nuestros actos. El maestro enseña ese bien a su discípulo o alumno: mediante su ejemplo le enseña la práctica de la verdad y del bien.

La *política* es la conducción de los pueblos en conformidad con leyes trascendentes que la sobrepasan; ella tiene un fin objetivo: permitir el desarrollo personal de los ciudadanos, su felicidad y, en un plano más elevado, la salvación de su alma.

El voto puede ser un medio de designación de los responsables de un puesto político, cuando los electores son *competentes* sobre el objeto de la elección. Pero el sufragio no es quien hace la verdad. No es el fundamento de ningún derecho. Con mayor razón, no puede ser «universal», es decir, que la opinión, personal o colectiva, no puede reemplazar a un *principio*.

De este modo, las aplicaciones del liberalismo se alejan gravemente de la *realidad* de las cosas, que cada cual puede observar y estudiar para establecer y hacer respetar el orden social.

Beneficios de la verdad

¿Cómo adherirse a una «verdad» que, después de todo, solamente es el reflejo de nosotros mismos?

A fuerza de buscarse sólo a sí mismo, ya sólo se encuentra uno a sí mismo. El espíritu gira en círculo. El corazón se seca. Desaparece el ardor de servir, de darse, de *amar*.

Drama de los hombres de hoy.

Drama más horrible todavía cuando el hombre se siente el robot de la sociedad en la que le ha encerrado y le mantiene el escepticismo liberal. «*Dos mil millones de hombres ya no oyen más que al robot, ya no comprenden más que al robot, se hacen robots*», escribe A. de Saint-Exupéry en su *Carta al General X...* (63 bis).

Y continúa Saint-Exupéry:

«Los lazos de amor que ligan al hombre de hoy, tanto a los seres como a las cosas, están tan poco tensos, son tan poco densos, que el hombre no siente ya la ausencia... En esta época del divorcio se divorcia uno también de las cosas con la misma facilidad. Son intercambiables los "frigoríficos". Y también la casa, si no es más que un conjunto de piezas. Y la granja. Y la religión. Y el partido. Ya ni siquiera se puede ser infiel: ¿Ser infiel a qué? ¿Lejos de dónde e infieles a qué? Desierto del hombre.»

El hombre de hoy siente tan claramente el vacío de una existencia que ha llegado a no tener razón de ser para él, que busca los «paraísos artificiales». Se «desfonda» para olvidar la tristeza de un mundo que ninguna «novedad», ningún «ocio organizado», ninguna planificación, pueden hacer feliz.

La sociedad comunista intenta anexionar, en su provecho, las más altas aspiraciones de los hombres: generosidad, abnegación, don de sí. Sin embargo, sólo ofrece la visión sin esperanza de un universo concentracionario, en donde se les destruye.

Demostración por la negativa de lo que los humanos persiguen, de lo que les eleva, les equilibra, les ennoblece y les hace dichosos.

Aquel que ama la verdad no se miente a sí mismo con fórmulas equívocas. Ama las ideas claras, las definiciones precisas. Sabe que la verdad no está en un término medio entre lo verdadero y lo falso. En donde el mediocre se abre un oportuno camino entre las opiniones existentes (verdaderas o falsas), a fuerza de «condenas simétricas», de hechos, «vengan de donde vengan»; para, de ese modo, congra-

(63 bis) Escrito en julio de 1943. Cfr. *Un sens a la vie*, Gallimard, 1956, págs. 223-231.

ciarse con todo el mundo, el hombre consecuente desemboca en una síntesis ordenada y armoniosa del saber.

Ahí está la verdadera *sabiduría*, que tanta falta hace en nuestra época. *Sensatez y sentido común* son su humilde y, a la vez, segura manifestación. Sabiduría y amor a la verdad, que presuponen odio al error:

«No se opone a un negro un gris más o menos sucio, sino que se le opone un blanco lo más puro y brillante posible, que denuncie y condene al gris lo mismo que al negro» (64).

Y Ernest Hello escribe:

«Quienquiera que ame la verdad aborrece el error, y este aborrecimiento del error es la piedra de toque mediante la cual se reconoce el amor a la verdad.

«Si no amáis la verdad podréis decir que la amáis e incluso hacer-lo creer a los demás; pero estad seguros que, en este caso, careceréis de horror hacia lo que es falso, y por esta señal se reconocerá que no amáis la verdad» (65).

Odio al error, que no tiene nada que ver con el odio a las personas, las cuales, con mayor frecuencia, son más bien víctimas que protagonistas de esos errores ambientales. «Tener el espíritu duro y el corazón suave», aconsejaba Louis Veillot. Volveremos a hablar de ello más ampliamente.

Amor del bien, horror del mal

El amor a la verdad y la aversión al error tienen como corolarios el amor al bien y el horror al mal. El bien es lo que es preciso hacer para que nuestros actos estén en la verdad del orden. Mientras no desaparezca la regla moral, mientras subsista el sentido de la perfección que ella indica, nada se ha perdido. Las caídas podrán ser numerosas. Al menos harán tomar conciencia al pecador de su debilidad y, por consiguiente, aumentarán su humildad.

(64) R. P. Bruckberger: *Les cosaques et le Saint-esprit*, Ed. Jeune Parque.

(65) Citado por J. Ousset: *Para que El reino*, pág. 2, Speiro, 1961.

Los santos se consideraban a sí mismos grandes criminales, pues hasta tal punto tenían un sentido agudo de la perfección moral.

El arrepentimiento es el camino de la conversión. El liberal no puede corregirse por sí mismo un defecto que cree es una cualidad. El liberalismo hace algo peor que llevar el pecado. Rompe el resorte moral del pecador. Los desenfrenos de Luis XIV con la duquesa de Lavallière o la marquesa de Montespan, ¿llaman la atención? «No valían más que los otros», concluye el liberalismo.

Sin embargo, su vida pecadora tenía, con respecto a la actitud liberal, una gran ventaja: conservaban el «sentido del pecado», principio de la penitencia, que es la clave de la misericordia divina.

La duquesa de Lavallière terminó sus días en el Carmelo, y la marquesa de Montespan, con el cilicio. Pecadoras, sin duda, como aquella de la cual un día dijo Jesús que le sería perdonado mucho... porque había amado mucho.

Hombres y personalidades

«De todos los capitales preciosos, el más decisivo son los hombres», ha escrito Stalin..., ¡que sacrificó millones!

Y es que un Estado, cualquiera que sea, tiene siempre necesidad de personalidades, de jefes, de gentes que tengan el gusto y el sentido de las responsabilidades, así como el poder de aplicarlas.

San Francisco Javier pedía a San Ignacio que le enviase refuerzos a sus misiones. He aquí las cualidades que exigía:

«Para sacar fruto de las almas es necesario que las personas que vengan a este país posean dos cualidades: la primera, que hayan sido ampliamente probados en los trabajos, con ello habrán obtenido experiencia y grandes beneficios; la segunda, que tengan ciencia... Por no haber sido bien probados en Europa, he despedido a los que habíais enviado aquí. En efecto, salen de ese santo Colegio de Coimbra con grandes fervores, pero sin obtener con ello experiencia...»

Que no se piense en un espíritu de clase. La mediocridad de aquellos que conservan una parcela de autoridad social se siente

por todas partes. Nadie quiere tener «problemas», nadie quiere tomarse el trabajo de reflexionar y decidir. Las élites campesinas escasean. El obrero capaz no intenta llegar a ser jefe de equipo y prefiere «seguir tranquilo». El soldado procura «emboscarse». El profesor teme «señalarse» en el instituto. Los padres, «a la escucha de sus hijos», hacen que les den lecciones en lugar de darlas ellos.

Un siglo y medio de liberalismo ha «castrado» a las generaciones.

La moda consiste en la mugre y la vulgaridad, y las columnas vertebrales han tomado la irritante costumbre de doblarse. Cuando se enderezan es para lanzar adoquines, arrojar insultos, para la revuelta y la repulsa.

Las causas más santas están mal servidas, porque no se atreven ya a proclamarlas. Ante los servilismos de su época, Dom Delatte, abad de Solesmes, se atrevió a declarar a los monjes lo siguiente:

«A todos esos seres, borrachos de servilismo, gustosamente les diría en sentido opuesto: "Acordaos que sois hombres; un poco de arrogancia y un poco de orgullo." Nosotros, cuando obedecemos y cuando nos inclinamos es ante Dios. Abcra bien, inclinarse ante Dios no es una bajeza. Nos inclinamos ante nuestro Señor, ante el único Señor, el hijo único de Dios. Tenemos un Señor, no miles. Los otros no existen para nosotros, y creo honrarlos al decir que todos ellos, mientras vivamos; si todavía estuviésemos en la sociedad humana, si todavía perteneciésemos a este siglo impuro, del que con razón se pueden repetir las palabras de Tácito: "Corromper y ser corrompido: he ahí a lo que se llama el siglo", yo os hago el honor de creer que, si le perteneciésemos, seríamos anarquistas. Una vez que se rechaza la autoridad de Dios para no reconocer ya más que la autoridad de los hombres y del número, y que se admite que el poder, en vez de ser el lugariente y el representante de Dios, no es otra cosa que el resultado del número, yo no me inclino: ¿por qué me iba a inclinar? ¿Qué derecho tienen sobre mí? Y este derecho, ¿quién se lo ha dado? Vosotros tenéis vuestra voluntad, yo tengo la mía. ¿La voluntad nacional? Pero ¿qué es eso? Unos hombres que no tienen ningún derecho sobre mí. Sin duda son el número, pero ¿desde cuándo el número da autoridad? Y si cada una de esas voluntades no tiene ningún derecho sobre mí, ¿en virtud de qué fantástica operación, esas

voluntades que individualmente no tienen ningún derecho sobre mí, van a encontrarse investidas de dicho derecho por que estén sumadas conjuntamente? Si no somos socialistas es, precisamente, porque sabemos cuál es la autoridad ante la que nos inclinamos» (66).

El padre De Foucauld, durante la primera guerra mundial, escribió al general Laperrine lo siguiente:

«Había creído, al empezar mi vida religiosa, que tendría que aconsejar, sobre todo, dulzura y humildad; con el tiempo veo que lo que falta, la mayor parte de las veces, es dignidad y gallardía» (67).

El liberalismo de tal modo ha hecho borrosas las verdades, embotado las convicciones, discutido las evidencias, ablandado los caracteres por la manía de las concesiones y el horror a las afirmaciones claras, ahogado las responsabilidades..., que no tenemos ya personalidades.

El hombre de gobierno se ha transformado en funcionario; el oficial, en técnico; el padre de familia, en posadero; el médico, en veterinario; el maestro, en animador; el jefe de empresa, en hombre de negocios. Y el hombre de Iglesia se hace servidor de las fuerzas que parecen ganar: Estado o tropas revolucionarias. La huida de responsabilidades ha sustituido al espíritu de iniciativa. Se abandona éste a los estafadores, a los granujas, a los políticos sin escrúpulos.

¡Y se quejan de la mediocridad en todos los escalones sociales!

Tibieza y mediocridad liberales

El R. P. Garrigou-Lagrange escribió:

«La mediocridad aparece como una sabia mezcla de lo verdadero y de lo falso, y como una ciencia del bien y del

(66) Dom. Delatte: *Contempler l'invisible*, Ed. Alsatia, 1964, páginas 86-87.

(67) Carta de 6 de diciembre de 1915. Cfr. R. Bazin, *la Vie de Charles de Foucauld*, Plon, 1921.

mal. El mediocre pretende realizar aquí lo que Dios jamás ha podido hacer. Quiere, dice, armonizarlo todo y se dispone a confundirlo todo, con lo cual todo quedará embrollado y destruido. Comienza por establecerse en el centro, a igual distancia del bien y de las formas opuestas del mal manifiesto. Para obtener el favor de todos, o del mayor número, se declara amigo de todo el mundo; se presenta modestamente como el sabio que, al fin, puede conciliar los diversos aspectos de la verdad y el error; extiende su indulgencia a todas las variedades de mal para reunir las con el mismo bien. Identifica misericordia y justicia, hasta el punto de perdonar al impenitente y reconocer los mismos derechos al error que a la verdad...» (68).

¿Cree alguien que el liberalismo puede escapar a la amenaza del capítulo tercero del *Apocalipsis*?

«Esto dice el Amén, el Testigo fiel y veraz, el principio de la creación de Dios: Sé tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Así, puesto que eres tibio, y ni caliente ni frío, estoy para vomitarte de mi boca.»

Tibieza y mediocridad liberales, cuyo efecto inmediato es lo que corrientemente se llama «falta de hombres».

Ciertos gobernantes tienen graves responsabilidades al respecto.

Han «roto» a los ejércitos en el momento en que eran victoriosos, transigido con el enemigo, dispersado a los jefes, desmoralizado a las tropas, mantenido en la población el desprecio por el suelo francés, el egoísmo y la cobardía. Y han edificado su gloria sobre el abatimiento de la nación. Han jugado con el olvido de la dignidad y del espíritu de sacrificio, cediendo a las presiones de la subversión internacional.

Han organizado la cultura de «masa» para que no produzca élites. La fuerza de las cosas les obliga ahora al retorno a una selección brutal, pues si no los jóvenes se estancan en estudios sin porvenir, agriados y dispuestos a servir a cualquier causa.

En el origen: el liberalismo. Todo vale, no importa quién pueda

(68) *Dieu*, pág. 733, Beauchesne.

hacer cualquier cosa, ni tampoco dónde ni cómo. ¿Por qué establecer un orden en las competencias y responsabilidades? ¿En nombre de qué la ética liberal iba a poder justificarlas?

«No hay hombres —exclamaba el cardenal Pie— allí donde no hay afirmaciones, doctrinas y principios» (69).

La educación está como para volver a empezar enteramente. Y esto desde la infancia: enseñar a esforzarse para conocer la verdad; buscar sin descanso no lo que nos gusta, sino la realidad de las cosas; conocer el bien y ponerle en práctica; amar a Dios y servirle.

Esto es «cosa pasada» entre los liberales. ¿Pero qué novedades nos presentan éstos que hayan producido caracteres?

¿Qué queda en el reino de las opiniones, a no ser ideales materialistas? ¿Y quién querrá hacerse matar por la producción de acero o de petróleo, por el dólar, el «cambio» y otras pomposas sandeces?

La juventud tiene necesidad de otras metas en la vida que entusiasmen más. Durante cierto tiempo se ha creído que un discurso sentimental podría sustituir a una exhortación. Hoy el globo se ha desinflado. Producir y consumir no es todo en el hombre.

Si rehusamos a nuestros contemporáneos el atractivo de la verdad, del bien y de lo bello, tendremos *hippies* o guardias rojos, que enviarán a sus amigos a pudrirse en campos de concentración... en nombre de la libertad.

(continuará)

(69) Cfr. E. Catta: *La doctrine politique et sociale du cardinal Pie*, N. E. L., 1959.